

Asia-Pacífico como dimensión de la política exterior española

Juan Antonio Yáñez-Barnuevo

Secretario de Estado de Asuntos Exteriores e Iberoamericanos,
Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación

Síntesis

El presente artículo hace un balance de la crucial última década en las relaciones entre Asia y España, unas relaciones que tienen un sustrato histórico potente en el s. XVI y hasta el XIX, y que se vieron diezmadas hasta tiempos recientes, en los que el resurgir de Asia ha llamado poderosamente la atención de los hacendados de la política exterior. Progresivamente, España se ha dotado de unas líneas coherentes de actuación en Asia, materializadas en los diversos Planes Marco aprobados desde 2001 y, con la contribución inestimable de Casa Asia, ha logrado movilizar a administraciones autonómicas y locales, y sobre todo a las organizaciones de la sociedad civil: empresas, universidades, ONG y ciudadanos particulares, para sumar esfuerzos y dar grosor a esa relación. España también ha sido muy activa en buscar una solución a los problemas que afectan al continente, como los conflictos armados de Afganistán y Pakistán, con una implicación comprensiva, que atañe no solamente a la asistencia militar, sino también la dimensión del desarrollo económico y social, que España entiende como la base inexcusable para la estabilidad en ambos países. En conjunto, el impacto de lo realizado en esta fructífera década ha sido francamente positivo. Nuestros intercambios comerciales con Asia y el Pacífico se han triplicado en diez años y han proliferado los intercambios diplomáticos, como se desprende de la apertura de embajadas en Vietnam, Singapur, Afganistán, Nueva Zelanda y Bangladesh, así como de consulados generales en Shanghai, Cantón y Mumbai; se ha aumentado el número y la dotación de nuestras oficinas comerciales y agregadurías sectoriales, y se han creado centros del Instituto Cervantes en Manila, Tokio, Beijing, Nueva Delhi y Sydney. Aun asumiendo que el redescubrimiento de Asia llega con cierto retraso respecto a otros socios europeos, la opción asiática en la nueva política exterior española es ya irreversible, y así continuará en el marco de una política de Estado más allá de las vicisitudes partidarias y electorales.

El retorno de España a Asia-Pacífico: por qué nos importa Asia

Uno de los personajes más decisivos y, al tiempo, más desconocidos en la historia de la globalización es el padre

agustino Andrés de Urdaneta. Tras haber circunnavegado el globo en la malograda expedición de Loaysa, en 1528, y haber llevado una azarosa vida en el Pacífico y en el Nuevo Mundo, el explorador y navegante vasco decidió tomar los hábitos y recluirse en un monasterio de Nueva España. De aquel voluntario retiro le sacó una carta del rey Felipe II conminándole a poner su considerable experiencia al servicio de una expedición, al mando de Legazpi, que habría de alcanzar las islas Filipinas en 1565. Desde allí, se trataba de encontrar una vía de retorno a Nueva España a través del océano Pacífico, empresa –conocida como “tornaviaje”– que había sido esquiva una y otra vez a los mejores marinos. No ocurrió lo mismo con Urdaneta. Haciendo uso de sus excepcionales conocimientos cosmográficos, partió en junio de 1565 desde la isla de Cebú y arribó en octubre de ese mismo año a Acapulco, inaugurando así la ruta que hasta 1815 surcarían los célebres galeones de Manila. Teniendo en cuenta que desde Acapulco, por vía terrestre, la mercancía procedente de Asia transportada por los galeones, más otra procedente de la América española, era reembarcada en Veracruz para ser trasladada a través del Atlántico hasta la península ibérica, tenemos así que el galeón de Manila unió durante doscientos cincuenta años, casi sin interrupción, Asia, América y Europa, los todavía tres pilares de un mundo globalizado.

La historia del monje navegante, que daría para una fascinante película de aventuras, es un ejemplo entre muchos del vínculo que durante siglos unió a España, y al más amplio mundo hispánico, con Asia y a Asia con América y Europa. Un vínculo que no fue solo mercantil, sino que tuvo un importante componente cultural y espiritual. Conocida es la influencia de la cultura española y portuguesa en Japón durante el conocido período *Namban* (*nambanjin*, o “bárbaro del sur”, que era como conocían los japoneses a los ibéricos en esa época), tras la llegada de Francisco Javier y otros religiosos, así como mercaderes, al Cipango de entonces. Menos lo es, quizá, la historia de la sinología hispánica. Recordemos, a modo de ejemplo, que en 1585 Juan González de Mendoza escribió su *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Reino de la China*, uno de los primeros escritos modernos sobre el Imperio del Centro, que alcanzó un éxito paneuropeo, con 38 ediciones en español, italiano, francés, alemán, inglés y holandés, antes

de que terminara el siglo XVI. O que en 1703 el dominico sevillano Francisco Varo publicó la primera gramática de chino en una lengua europea, el *Arte de la lengua mandarina*. Aunque, sin duda, la prueba más hermosa de la existencia de ese interés por lo chino fue la traducción por el dominico Juan Cobo, en 1592, del relato *Beng Sim Po Cam*, intitulado poéticamente en español como el *Espejo rico del claro corazón*, la primera obra vertida del chino a una lengua europea. La traducción fue presentada al rey Felipe III con las siguientes palabras: *“los chinos consideran que su mayor y verdadera riqueza no son el oro o la plata o la seda, sino los libros, la sabiduría y el justo gobierno”*.

Viene a cuento todo lo anterior porque, en un momento en que, en el contexto de la crisis económica internacional, parte de los medios nacionales y extranjeros parecen sorprendidos por la proliferación de intercambios de vi-

sitas y misiones comerciales entre España y China u otros países asiáticos, hay quienes escriben, sin mayor conocimiento de la historia que vengo de evocar, que no hay precedentes de la actual densidad de relaciones entre España y Asia. Al contrario, cabría decir, lo realmente anómalo es que un país como España casi desapareciera del horizonte asiático durante un siglo, desde la pérdida de las Filipinas y los demás territorios en el Pacífico, que siguió a la crisis de 1898, hasta fechas relativamente recientes.

Como resultado de esa anomalía, se dice y se repite que España ha llegado tarde al nuevo siglo de Asia y del Pacífico. Pero podría afirmarse también que España fue de las primeras naciones europeas en descubrir el potencial de Asia y que (re)conectó a buena parte del continente con las redes globales emergentes, entonces dominadas por Occidente y hoy, en una reversión de papeles, crecientemente copadas por las naciones asiáticas. No se trata, por tanto, de comenzar desde cero, en esa agotadora y frustrante tradición adánica que nos echaba en cara Ortega y Gasset, sino de adaptar una secular tradición de contactos con Asia a una realidad que ya no es, evidentemente, la de los siglos XVI o XVII, en detrimento de Asia; pero tampoco la del siglo XIX y parte del XX, con una España replegada y confinada, la mayor parte de ese tiempo, a una política exterior de limitado alcance.

Esa adaptación a la nueva realidad asiática, y en concreto a un continente con creciente protagonismo dentro de la era post-crisis, requiere, necesariamente, que hagamos un breve ejercicio de reflexión y pedagogía sobre los hitos que han ido jalando ese proceso. Un proceso de ya larga data

pero que se acelera con el fin de la Guerra Fría, una de cuyas consecuencias es, precisamente, la nueva aparición de Asia-Pacífico en el primer plano de la escena mundial.

Asia como región esencial de las dinámicas globales

Una de los principales efectos del final de la Guerra Fría fue la sustitución en un primer momento de la bipolaridad

Este-Oeste por un nuevo marco que entonces parecía indefinido, apuntando hacia una suerte de unipolaridad norteamericana.

Sin embargo, durante el fluido período de transición que fue desarrollándose desde la caída del muro de Berlín y los sucesos de Tiananmen, en 1989, y los brutales atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, fueron

diseñándose los contornos de un embrionario orden multipolar, en el que de alguna manera seguimos moviéndonos: en este nuevo contexto, que no podemos considerar todavía como plenamente cristalizado, se aprecia ya la emergencia imparable de Asia y el Pacífico como nuevo centro de atención e influencia mundial, con lo que lo que se llamaría el “ascenso pacífico” de China, seguida por la puesta en marcha en India de un ambicioso programa de reformas para recuperar el tiempo perdido y adquirir, de esta manera, mayor peso regional y mundial.

La aparición en el horizonte de las potencias china e india, junto con la de otros relevantes actores, hace que Asia y la cuenca del Pacífico se consoliden como uno de los centros fundamentales de la economía y del comercio mundiales.

Se trata del afianzamiento de un proceso iniciado con la aparición en Asia Oriental entre los años setenta y noventa el pasado siglo de los llamados “dragones” y “tigres” asiáticos, cuyas altas tasas de crecimiento sorprendieron en su día y sólo se verían frenadas transitoriamente a finales de los noventa por una seria crisis financiera.

La superación de esta crisis regional, debida en gran parte a la capacidad de recuperación de las sociedades asiáticas, serviría de anticipo para que Asia tomase la delantera en el proceso de salida de la crisis económica y financiera global iniciada en 2008 en Estados Unidos.

La emergencia de la potencia china, y la continuación de la presencia política y militar de Estados Unidos como regulador de la seguridad en el Pacífico modifican también los

equilibrios geoestratégicos mundiales. En efecto, Asia y el Pacífico no son únicamente escenario de un espectacular despegue económico; en Asia aparecen también serios problemas sociales y ambientales que ponen en cuestión los modelos seguidos y son, al menos parcialmente, origen de una creciente conflictividad en la región.

Conviene ponderar con cuidado las realidades fundamentales que hacen de Asia un factor esencial en el conjunto de las relaciones globales.

Para ello deberemos huir de estereotipos y simplificaciones, fruto casi siempre del desconocimiento. Es preciso ver en Asia una realidad extremadamente compleja, que en lo sectorial va mucho más allá de la economía y las oportunidades de negocio, y que en su realidad geográfica desborda las fronteras del mayor de sus países, como es China.

Partimos de este modo de un conocimiento amplio y global de la realidad asiática, cuyo marco geográfico se extiende desde las fronteras orientales de Irán y las meridionales de la Federación Rusa hasta la inmensidad oceánica del Pacífico, con su cadena de archipiélagos.

En Asia nos llama la atención en primer lugar el hecho de su pujanza económica, que hace que este continente crezca muy por encima de la media mundial y que ocupe una parte cada vez mayor en los flujos comerciales y de inversiones en el conjunto del

planeta. Destaca la emergencia con fuerza de China e India, los dos países más poblados de la Tierra y probablemente los dos actores principales entre los llamados BRICS (por las siglas de sus integrantes, Brasil, Federación Rusa, India y China). Junto a ellos, hay que recordar el mantenimiento en el plano mundial de un Japón que, aunque debilitado por el estancamiento de las últimas décadas y quebrantado recientemente por los devastadores efectos del terremoto-tsunami y la consiguiente crisis nuclear, sigue figurando entre las principales economías mundiales. Sin olvidar la presencia de otros países y subregiones importantes también en el plano económico mundial, como son Corea del Sur, los países que forman ASEAN, Australia y Nueva Zelanda.

Con ello, parece natural que el peso de Asia-Pacífico se haya visto reconocido en el nuevo foro crucial de la gobernanza económica global, el denominado G-20, del que forman parte seis grandes países de la región (China, India, Japón, Corea del Sur, Indonesia y Australia). Es más, hay que resaltar el contraste entre la fuerza con la que Asia ha podido

salir ya de la crisis, volviendo a altas tasas de crecimiento, y las dificultades de todo tipo bien conocidas que seguimos experimentando en Europa y concretamente en España. Este hecho, lejos de desanimarnos, debería movernos aún más a acercarnos al conjunto de Asia-Pacífico, a tejer una fuerte y sólida red de intereses compartidos que no hará sino beneficiar a la proyección internacional de nuestra economía y, con ella, a la recuperación de la actividad económica y la creación y recuperación de puestos de trabajo.

Ahora bien, debemos ser realistas y examinar a fondo el conjunto de las cosas. Nos engañaríamos si nos dejásemos deslumbrar por la opulencia de los emporios comerciales en las grandes urbes asiáticas. En efecto, el resplandor de este auge económico esconde vulnerabilidades, derivadas en gran medida de las carencias y puntos débiles de un modelo de crecimiento que, junto a sus luces, no está exento de sombras. Las emergentes sociedades asiáticas, sean cuales sean sus sistemas políticos respectivos, están lejos del modelo de Estado social de derecho y de bienestar del que con motivo nos enorgullecemos en Europa. Las elevadas cifras de crecimiento del PIB en la mayoría de los países asiáticos no pueden ocultar que, junto al grandioso espectáculo del desarrollo económico acelerado, subsisten en esas mismas megalópolis enormes bolsas de pobreza; y también que la urbanización acelerada y la gestión desordenada de los recursos naturales provocan fuertes desequilibrios ambientales, que hacen a Asia cada vez más vulnerable a los efectos del cambio climático.”

provocan fuertes desequilibrios ambientales, que hacen a Asia cada vez más vulnerable a los efectos del cambio climático. Asimismo, hay que señalar que Asia es origen y teatro preferente de diversos tráfico ilegales –de armas, de drogas, y de otro tipo, incluyendo el de seres humanos–. Entre esos tráfico debe incluirse también en muchos casos el de tecnologías susceptibles de facilitar la fabricación y la proliferación de armas de destrucción masiva. Sin olvidar tampoco que esos desequilibrios socioeconómicos, sumados a un constante proceso de fuertes tensiones étnicas y confesionales, han hecho del Sur y del Sudeste de Asia una de las zonas más peligrosas en la difusión del extremismo religioso radical y del terrorismo transnacional, que proyecta un arco que arranca en Afganistán y Pakistán y se extiende hacia las tierras insulares del Sudeste Asiático, en Indonesia y Filipinas, amenazando no solo a estos países y regiones, sino al mundo en su conjunto.

En efecto, es importante constatar que Asia es uno de los continentes con mayor número de conflictos, actuales y

potenciales; internacionales e internos. Baste aquí con enumerar los conflictos más graves y con potencial más desestabilizador. Hay que empezar, sin duda, con el prolongado conflicto de Afganistán; sus secuelas en la estabilidad de Pakistán, especialmente en las áreas tribales; así como el contencioso indo-pakistaní por Cachemira, sobre el que planea la amenaza de los arsenales atómicos de ambos países. También tiene graves repercusiones para la seguridad regional y mundial el conflicto intercoreano, secuela de la Guerra Fría. El programa nuclear de Corea del Norte es una amenaza latente y que pende como espada de Damocles sobre el conjunto del Nordeste Asiático y más allá. Además de los ya citados, se dan también diversos conflictos derivados de litigios fronterizos, como el que enfrenta a Camboya y Tailandia por la zona del templo de Preah Vihear. Lamentablemente, son frecuentes las situaciones de dictadura y opresión interna, y las frecuentes violaciones de derechos humanos en buena parte del continente, aunque desde luego no en la misma medida en todos los países de la zona. Desde la perspectiva española y europea, entendemos que la democracia y el respeto a los derechos humanos no son solo valores fundamentales e irrenunciables, sino requisitos necesarios para consolidar los procesos de estabilización interna, la distribución más justa de los recursos y la solución de conflictos enquistados desde hace décadas.

Tampoco podemos ignorar el fenómeno de las migraciones. Los grandes movimientos de población internos en cada país

han estimulado el proceso creciente de urbanización, a veces desordenada y excesivamente rápida, y la transformación de sociedades tradicionalmente agrarias en sistemas duales donde las sofisticadas megalópolis coexisten con enormes espacios rurales de estructuras premodernas. Los flujos de población internacionales en Asia son muchísimo más grandes en volumen que los que conocemos en Europa o en América, aunque mucho menos divulgados.

Los movimientos de población de origen asiático, impulsados tanto por motivos políticos como socioeconómicos, han llevado en las últimas décadas a Europa, y también a España, a importantes comunidades de origen asiático, destacando entre nosotros a las de origen pakistaní, chino y filipino, con otras de menor entidad. Este fenómeno nos "trae" Asia a nuestras propias sociedades, como también lo hace, en un plano muy distinto, el auge del turismo europeo hacia Asia y, aún en menor medida, del asiático hacia Europa. Inmigración y turismo, dos fenómenos muy diferentes, tienen en común por consecuencia que las poblaciones asiáticas y europeas se "mezclan" más y, con

ello, incrementan su conocimiento cultural y de estilos de vida recíproco, lo que es sin duda algo muy positivo y saludable.

Finalmente creo conveniente señalar que, a diferencia de lo que conocemos en Europa, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, con la articulación de un sistema de cooperación e integración vertebrado en torno a la Unión Europea y con elementos complementarios tan importantes como la OTAN, la OSCE o el Consejo de Europa, no podemos encontrar en Asia nada parecido, ya que el proceso de integración subregional y regional está todavía en sus comienzos.

Solo la ASEAN –Asociación de Naciones del Sudeste Asiático– ha podido desarrollar un proceso de integración económica y de cooperación subregional digno de tal nombre. Es mérito de la ASEAN el haber comenzado a articular en torno a sí misma, primero a través del llamado "Foro Regional ASEAN" (por sus siglas, ARF, 1995) y luego, con la constitución de la llamada "Cumbre de Asia Oriental", a partir de 2004, el embrión de lo que estaría llamado a cons-

“Desde la perspectiva española y europea, entendemos que la democracia y el respeto a los derechos humanos no son solo valores fundamentales e irrenunciables, sino requisitos necesarios para consolidar los procesos de estabilización interna, la distribución más justa de los recursos y la solución de conflictos enquistados desde hace décadas”

tituir una suerte de arquitectura regional de cooperación que aporte estabilidad al conjunto de Asia-Pacífico; en efecto, gracias a ASEAN –integrada por diez países de grado mediano y pequeño, con la salvedad relativa de Indonesia– se propicia el establecimiento de puntos de encuentro en los que coinciden los principales actores de

Asia-Pacífico (China, Japón, India, Corea del Sur, Australia, Nueva Zelanda), con aquellos que tienen una clara proyección asiática (Estados Unidos y Federación Rusa). Es de advertir que la Unión Europea, el primero de los socios supranacionales de ASEAN, participa en el Foro Regional ASEAN (ARF), pero que todavía no lo hace en el nuevo mecanismo de la "Cumbre de Asia Oriental", llamada a asumir un papel determinante y del que Europa no debería estar ausente, dada la magnitud de nuestros intereses económicos y estratégicos.

En este apasionante y complejo escenario del conjunto de Asia-Pacífico, reaparece por fin España, con retraso respecto a nuestros principales socios europeos, pero con la voluntad de recuperar el tiempo perdido, y el propósito firme de hacer del desafío asiático, una oportunidad para incrementar nuestra presencia y nuestra influencia en una zona clave para el devenir de la Humanidad. Tenemos mucho por hacer y mucho por ganar en Asia, y eso es lo que desde el Gobierno y en particular desde el Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación nos proponemos.

España y Asia: encuentros y desencuentros

El año 1898 marca un hito en la historia de España, con la pérdida de nuestras últimas posesiones coloniales tanto en Europa como en Asia, en tal medida que en la imaginación hispana se ha identificado tradicionalmente esta fecha con el concepto de desastre.

En un excelente artículo sobre la presencia española en Asia, el profesor Florentino Rodao –sin duda uno de nuestros historiadores con mayor y mejor conocimiento sobre ese continente–, afirma que *“el llamado ‘desastre’ de 1898 lo fue más en Asia que en América Latina (...) Filipinas fue la gran decepción porque, al contrario de la presencia americana en el Caribe, España pensaba que podría seguir colonizando el archipiélago asiático aun cuando perdiera Cuba. La decepción por Filipinas, además, involucró al conjunto de la región y Madrid se dispuso a olvidar Asia, marginándola en el ámbito de lo exótico”*. Se abrió entonces un largo período, que cubre casi en su totalidad el siglo XX, en el transcurso del cual España se alejó casi por completo de lo que, de manera tan reveladora, pasaría a ser conocido entre nosotros como el “Lejano Oriente”, un concepto lingüístico que describe la situación de desencuentro, alejamiento y desinterés que, desafortunadamente, acabaría impregnando la sociedad española durante varias décadas, en el transcurso de los cuales Asia acabaría reduciéndose a la categoría de lo distante, lo misterioso y lo exótico.

Al comenzar la transición democrática, en la segunda mitad de los años setenta, nuestras prioridades inmediatas comenzaban por la construcción del sistema político del que nos hemos dotado libre y pacíficamente, y a continuación por recuperar nuestra presencia en el mundo, comenzando por nuestra identidad europea y seguidamente por nuestras proyecciones atlántica, iberoamericana y mediterránea. Asia seguía quedando lejos, y subsistía el sentimiento de que se trataba de algo muy lejano a nosotros en todos los aspectos.

Cuando a mediados de los ochenta surgen en el plano mundial los primeros síntomas del despegue asiático, y se empieza a hablar por primera vez de “dragones”, “tigres”, “milagro asiático”, “siglo del Pacífico” y otros conceptos todavía rudimentarios en la visión geopolítica occidental, Europa empieza a mirar con renovado interés hacia al mundo asiático y, tras materializarse en 1986 en la entonces llamada Comunidad Europea, también en España aparecen

los primeros ecos de este fenómeno. El presidente Felipe González se convierte en el primer jefe del Ejecutivo español que visita Asia, presidiendo una reunión de embajadores españoles en la región en Yakarta, Indonesia, en 1988, y efectuando sendos viajes a China, Japón e India en la primera mitad de los años noventa.

Precisamente será en 1994, en el Consejo Europeo de Essen y bajo impulso alemán, cuando la UE adopte su primer documento de planificación estratégica, “Hacia una nueva estrategia europea en Asia”, que hoy mismo se considera como el hecho inaugural de lo que con posterioridad se convertiría en la actual política europea para Asia. El primer vínculo institucionalizado entre Europa y Asia se estableció en 1996, con la primera cumbre de jefes de Estado y Gobierno de Europa y de Asia (ASEM), celebrada en Bangkok.

El despliegue de la política exterior española en Asia-Pacífico (2000-2011)

No sería hasta alborar el siglo XXI y con él el nuevo milenio cuando se siembren los fundamentos de una verdadera política exterior española hacia Asia. Tras el alejamiento que supuso el “desastre” de 1898 y las vicisitudes rápidamente

“Paralelamente a nuestro primer Plan Marco, tuvo lugar (...) la creación de Casa Asia (...) La nueva institución fue asimilando objetivos y secciones cada vez más amplias para ayudar a solventar las carencias tan grandes hacia Asia, desde foros de negocios y programas educativos hasta una biblioteca y filmoteca especializada. (...) [En su propósito de coordinar] esfuerzos entre administraciones públicas y sociedad civil, ha resultado ser un éxito.”

descritas en el apartado anterior, será en el año 2000, con el presidente Aznar y el ministro Josep Piqué, cuando se aprobará el primer Plan Marco para Asia-Pacífico. En su citado trabajo, Florentino Rodao señala que “en la segunda legislatura del Partido Popular, presiones a corto plazo, como la gravedad del déficit, la obligación de coordinar esfuerzos o la necesidad de diversificar riesgos, y

objetivos a más largo plazo, como la conveniencia de impulsar el turismo, originaron el Plan Marco para Asia-Pacífico 2000-2002, que tendría un tramo bienal posterior 2002-2004”. En la presentación del Plan, el vicepresidente Rodrigo Rato afirmó que “España está hoy fundamentalmente ausente de Asia-Pacífico” y calificó nuestras exportaciones como “concentradas, escasas y deficientes” y a las inversiones de “insignificantes”.

El Plan Marco coincidió con una nueva etapa en las relaciones euroasiáticas. En septiembre de 2001, la Comisión Europea actualizó su estrategia inicial (de 1994) con seis objetivos principales: contribución a la paz y la seguridad, aumentar los flujos de comercio e inversión, apoyar el desarrollo; facilitar la difusión de la democracia y el Estado de

Derecho; cooperar en los foros internacionales sobre temas de seguridad y de medio ambiente y, finalmente, incrementar la imagen de Europa en Asia.

Paralelamente a nuestro primer Plan Marco, tuvo lugar otro hecho de trascendencia futura, con la creación de Casa Asia, que se estableció en Barcelona en diciembre de 2001, como fruto de un consorcio entre el MAEC, la Generalitat de Catalunya y el Ayuntamiento de la capital catalana. La nueva institución fue asimilando objetivos y secciones cada vez más amplias para ayudar a solventar las carencias tan grandes hacia Asia, desde foros de negocios y programas educativos hasta una biblioteca y filmoteca especializada.

La nueva institución de diplomacia pública, que pretende coordinar la sinergia de esfuerzos entre administraciones públicas y sociedad civil, ha resultado ser un éxito. Barcelona ha estado especialmente involucrada en el proyecto, y ha convertido además a Casa Asia en uno de sus vehículos de internacionalización, en especial a través de sus ediciones anuales de los "Diálogos Oriente-Occidente", en el Fórum Universal de las Culturas, dedicados a servir de foro de germinación de ideas y reflexiones, y en los que Asia ha tenido un papel crucial.

Las actividades de Casa Asia han mostrado que el enfoque global, con actividades en muy diversos ámbitos, es capaz de crear sinergias adicionales. Los foros bilaterales han recibido nuevo ímpetu, ya que a los ya existentes con China y con Japón se han sumado las Tribunas para las relaciones con India, Filipinas o Corea del Sur, dedicadas en especial a reunir agentes culturales y sociales. En los últimos años tanto los Foros con China y Japón como las Tribunas con Corea del Sur, India y Filipinas han experimentado un notable desarrollo.

El impulso inicial de los años 2000 y 2001 se vería revitalizado y ampliado en las dos últimas legislaturas, durante los gobiernos del presidente Rodríguez Zapatero y bajo la dirección del ministro Moratinos. Durante este período se han aprobado dos nuevos planes cuatrienales de acción para Asia-Pacífico (el segundo para el cuatrienio 2005-2008, y el tercero para 2009-2012, actualmente vigente). Con ellos se ha querido demostrar que Asia-Pacífico se ha convertido en una prioridad irreversible de la política exterior española.

El Tercer Plan de Acción para Asia y Pacífico, hoy vigente, hace suyo el triple objetivo de aumentar nuestra presencia e influencia en la región, consolidar los logros de la última década y buscar nuevas vías para potenciar nuestros intereses.

Nuestras prioridades geográficas en Asia tienen su centro de atención en los grandes actores de la zona: China –país con el que se ha llegado a la configuración de una relación preferente y estratégica (el primer ministro Wen Jiabao ha llamado a España “el mejor amigo de China en la Unión Europea”)– y también consideramos prioritarias nuestras relaciones con Japón, India y Corea del Sur.

Prestamos especial atención, como es lógico, a nuestras relaciones con países en situación crítica, como Afganistán y Pakistán. España está firmemente comprometida en el proceso de transición en Afganistán, país protagonista de un conflicto de complejidad singular que aglutina la triple condición de enfrentamiento civil, de lucha regional, y de escenario estratégico con implicaciones globales.

En el ámbito militar, España contribuye a la ISAF (Fuerza Internacional para la Asistencia a la Seguridad en Afganistán) de la Alianza Atlántica, con el despliegue de unos 1.500 efectivos, distribuidos en su mayoría en Herat, en una Base de Apoyo Avanzado (FSB), y en Qala-i-Naw, con un Equipo de Reconstrucción Provincial (PRT). La estrategia española

en Afganistán se concentra en la puesta en marcha de un proceso de transición y *afganización*, mediante la formación y preparación del ejército y la policía afganos, a fin de transferirles cuanto antes la responsabilidad de garantizar la seguridad

de su país. Con este objetivo, en el año 2010 contribuimos con 4 millones de euros al Fondo Fiduciario para el Ejército Nacional Afgano. Estamos promoviendo la constitución de una Brigada del Ejército Afgano, y proporcionando dos equipos OLMT (Equipo Operativo de Asesoramiento y Enlace) para la formación de unidades militares.

España es consciente de que la estabilización y reconstrucción de Afganistán exige la implicación activa de los países vecinos, fundamental para acabar con la amenaza del radicalismo, terrorismo, tráfico de drogas y de personas. Apoyamos, por ello, las iniciativas de cooperación regional como la Asociación para la Cooperación Regional de Asia Meridional (SAARC), la Conferencia Regional sobre Cooperación Económica con Afganistán (RECCA), y reconocemos el indispensable papel que ha de jugar Pakistán en la lucha contra la insurgencia afgana.

Por último, dada la imbricación existente entre seguridad y desarrollo, elementos insoslayables para cumplir con los objetivos de la comunidad internacional de reconstrucción física y política del país, la AECID ha desplegado personal y esfuerzos dirigidos a implantar instituciones estatales en la provincia de Bagdhis, bajo control español, mediante un

“El Tercer Plan de Acción para Asia y Pacífico, hoy vigente, hace suyo el triple objetivo de aumentar nuestra presencia e influencia en la región, consolidar los logros de la última década y buscar nuevas vías para potenciar nuestros intereses.”

Programa de Reconstrucción y Estabilidad Política. España ha comprometido 220 millones de euros para el período 2006-2012, habiendo desembolsado hasta el momento un total de 132.739.056 euros, que se han invertido tanto en el programa bilateral de desarrollo de la provincia de Bagdhis, como en el Fondo Fiduciario para la Reconstrucción de Afganistán y en los Programas de Desarrollo Nacional que ejecuta el gobierno de Afganistán.

En definitiva, el compromiso español en Afganistán ha sido, y seguirá siendo, firme y sostenido, si bien confiamos en que se pueda iniciar en 2012 la transición de nuestra área de responsabilidad –en línea con nuestra aspiración compartida con la comunidad internacional–, de que tanto ese país como Pakistán y los demás Estados de la zona asuman paulatinamente, de manera clara y eficaz, sus propias responsabilidades.

En el Sudeste Asiático fomentamos el desarrollo y la cooperación interregional entre la UE y la ASEAN, y mantenemos relaciones especiales con países relevantes como Indonesia, Tailandia, Vietnam, Malasia y Singapur, junto con la relación privilegiada que por razones históricas y emocionales mantenemos con Filipinas. También hemos desarrollado notablemente en los últimos años nuestras relaciones con Australia y Nueva Zelanda.

Queremos hacer de Asia un centro neurálgico de nuestra diplomacia económica, impulsando todos los mecanismos para reforzar la presencia de nuestras empresas. Las oportunidades en sectores como el financiero, las infraestructuras, las tecnologías energéticas y ambientales, agroalimentario, turismo, etc., son muy prometedoras. Debemos incrementar y reequilibrar los flujos comerciales y potenciar las inversiones en ambos sentidos, que siguen siendo muy modestas.

Nos proponemos reforzar nuestra acción cultural, aprovechando el interés que crece en Asia por la difusión y el conocimiento de nuestra lengua. Estamos pendientes de extender la red de centros del Instituto Cervantes incorporando a Shanghai y Seúl, y a otras capitales, a más largo plazo.

Por otra parte, la cooperación española al desarrollo en Asia ha experimentado también un crecimiento exponencial, con la selección por la AECID de países de acción prioritaria como Filipinas, Vietnam, Camboya, Bangladesh y Timor-Leste.

Finalmente otra dimensión importante de nuestra acción en Asia y el Pacífico es la promoción de la democracia, del Estado de derecho y de los derechos humanos.

Así, el impacto de lo realizado en esta fructífera década ha sido francamente positivo. Nuestros intercambios comerciales con Asia y el Pacífico se han triplicado en diez años, y se ha iniciado una tendencia a corregir el desequilibrio en la balanza entre nuestras importaciones y exportaciones, que sigue pese a todo siendo considerable. El despliegue institucional y la reasignación de recursos hacia esta nueva variable de nuestra acción exterior no es desdeñable. En estos diez años se han creado nuevas embajadas en Vietnam, Singapur, Afganistán, Nueva Zelanda y Bangladesh; se han abierto consulados generales en Shanghai, Cantón y Mumbai; se ha aumentado el número y la dotación de nuestras oficinas comerciales y agregadurías sectoriales, y se han creado centros del Instituto Cervantes en Manila, Tokio, Beijing, Nueva Delhi y Sydney.

“El compromiso español en Afganistán ha sido, y seguirá siendo, firme y sostenido, si bien confiamos en que se pueda iniciar, en 2012, la transición de nuestra área de responsabilidad –en línea con nuestra aspiración compartida con la comunidad internacional–, de que tanto ese país como Pakistán y los demás Estados de la zona asuman paulatinamente (...) sus propias responsabilidades.”

Estos esfuerzos estatales no hubieran sido eficaces sin una actuación coordinada con las demás administraciones auto-

nómicas y locales, y sobre todo con las organizaciones de la sociedad civil: empresas, universidades, ONG y ciudadanos particulares. Lo conseguido es ya muy notable, y puede decirse que, aun asumiendo que nuestro retorno a Asia implica un cierto retraso respecto a la presencia de nuestros socios, algunos de los cuales estuvieron siempre allí, la opción asiática en la nueva política exterior española es ya irreversible, y así continuará en el marco de una política de Estado más allá de las vicisitudes partidarias y electorales.

Relaciones con Asia durante la Presidencia española de la UE

Centrándonos en las fechas más recientes, como es sabido correspondió a España el ejercicio de la presidencia rotatoria del Consejo de la Unión Europea en el primer semestre del pasado año 2010.

En el capítulo de realizaciones de la Presidencia española en el área de Asia y el Pacífico destacan la celebración de las cumbres de la UE con Japón y con Pakistán, presididas ambas por el presidente Van Rompuy, en Bruselas.

En Madrid se celebró, a finales de mayo de 2010, la XVIII Reunión Ministerial UE-ASEAN, cuya declaración final constituye un sólido paso adelante en la ya histórica cooperación

entre ambas instancias supraestatales. También organizamos la sesión anual del Diálogo Interreligioso Europa-Asia en el marco de ASEM.

Todas estas actividades de alto nivel estuvieron acompañadas de un sinnúmero de reuniones técnicas y de grupos de trabajo. Con todo ello, España demostró una vez más su sólido compromiso europeo y su voluntad de impulsar los intereses de la UE en Asia.

Junto a las tareas derivadas del ejercicio semestral de la presidencia europea en las circunstancias descritas, también tuvo intensidad la acción diplomática española en Asia-Pacífico en el ámbito nacional. Tras el semestre de la Presidencia, Rodríguez Zapatero efectuó sendas visitas de trabajo a China y a Japón en septiembre, desplazándose en noviembre a Seúl para visitar Corea del Sur y asistir allí a la cumbre del G-20; en la capital surcoreana se reunió con el presidente del país, Lee Myung Bak, y celebró encuentros con el presidente de Indonesia, Susilo Bambang Yudhoyono, y con el primer ministro de India, Manmohan Singh.

Entre finales de 2010 y principios de 2011 se sucedieron las visitas a España del vicepresidente de la RP de China Xi Jinping y del viceprimer ministro Li Keqiang, llamados ambos a ocupar las más altas jerarquías en la próxima rotación de la dirección china, prevista para el próximo congreso del Partido Comunista Chino, a fines del año próximo. En ambos casos se puso de manifiesto el desarrollo cuantitativo y cualitativo de la relación bilateral hispano-china.

También en China se celebró con importante participación española la Exposición Universal de Shanghai. El pabellón español fue uno de los que tuvo mayor éxito y presencia en el certamen y fue diseñado para potenciar la imagen de la moderna España en China y en el conjunto de Asia y el Pacífico.

En el acto de su toma de posesión, el pasado 21 de octubre, la nueva ministra de Asuntos Exteriores y Cooperación, Trinidad Jiménez, ratificó su voluntad de continuar impulsando activamente la presencia española en esa zona. De ello deja constancia el viaje de trabajo efectuada a mediados de abril por el presidente del Gobierno a China y a Singapur, la prevista visita de Estado de los reyes a Corea del Sur, fijada para junio, y el próximo desplazamiento de la ministra Jiménez a Afganistán, para reiterar el apoyo del Gobierno y el pueblo español a nuestro contingente allí desplegado, y el compromiso de continuar el proceso de transición hacia la plena asunción del mismo por las autoridades afganas.

La apuesta española por Asia-Pacífico no es una circunstancia coyuntural, sino un proceso plenamente asumido tanto

por las instituciones como por la sociedad de nuestro país, y llamado a proseguir a medida que se afianza el peso determinante de esa crucial región en el conjunto de los asuntos mundiales.

Conclusiones: se ha hecho mucho... y hay mucho más por hacer

Hemos podido observar a lo largo de las páginas anteriores cómo las nuevas realidades asiáticas se han presentado como fenómeno imparable de transformación en el marco de las relaciones globales, así como los desafíos y oportunidades que estos hechos presentan para Europa y para España. Asia es ya no solo una realidad tangible como polo fundamental en la política y en la economía mundiales, sino que además las decisiones que se toman allí cada día están ya influyendo en nuestras vidas cotidianas.

Partiendo evidentemente de lo ya conseguido, y con el objeto de trabajar en una definición de una estrategia eficaz y rigurosa de nuestra actuación futura en Asia, creo conveniente apuntar, para concluir, cuatro grandes ideas-fuerza con las que quisiera invitar a la reflexión común a todos cuantos entre nosotros se interesan por Asia:

Sinergia y unidad de acción. El futuro de nuestra presencia en Asia y la potenciación de nuestros intereses e influencia no son privativos del Gobierno, ni siquiera del Estado: deben ser fruto de un gran consenso que desborde el marco de las instituciones y partidos para extenderse a las entidades autonómicas y locales, a las empresas, al mundo de la educación y la cultura, a las ONG y a los ciudadanos.

El conocimiento como base de la relación. Un conocimiento cabal y constantemente actualizado de las complejas realidades asiáticas, evitando estereotipos y simplificaciones, resulta absolutamente crucial. La potenciación de los estudios asiáticos entre nosotros, y el estímulo del contacto directo a todos los niveles, desde los máximos dirigentes políticos a los emprendedores económicos y a los ciudadanos es fundamental.

Una asignación racional y adecuada de recursos, comenzando por la Administración del Estado y en particular por el MAEC, es también imprescindible: debería revisarse, cuando las actuales restricciones presupuestarias lo permitan, la estructura administrativa de nuestra relación con Asia y Pacífico, recuperando una unidad de dirección específica, y asignando asimismo los pertinentes recursos personales y materiales a nuestro despliegue en la región.

Una estrategia asiática en y desde la Unión Europea. Cualquier diseño estratégico que hagamos desde España

con vistas a potenciar nuestra presencia en Asia y Pacífico deberá hacerse en coherencia con la estrategia general de la UE hacia esa región tan importante para los intereses europeos, participando España de manera activa en su constante actualización y adaptación. No solo por coherencia con nuestra firme voluntad de construir Europa y de hacer que la UE tenga cada vez mayor peso en la escena mundial, sino para aprovechar de manera más eficaz las oportunidades que nos brindan los instrumentos europeos en la promoción de nuestros intereses.

De esta manera, y asumiendo el legado remoto y próximo de la historia, España podrá aumentar su presencia y su peso en Asia y el Pacífico y aprovechar, en beneficio de nuestra economía y de nuestra sociedad, las oportunidades de todo tipo que nos ofrece la cooperación activa y decidida con lo que por fortuna dejó ya de ser para nosotros el Lejano Oriente.